

EL ESPEJISMO



A nueva época ha encubierto una parte de los defectos que los visitantes anotaban en sus libros de viaje hace un siglo. George Sand abominaba de nuestros caminos; Dumas, Gautier o Hugo se refieren a los bandidos que salían al paso de las diligencias en los desfiladeros. En aquellos tiempos de enormes dificultades para el turismo todo se podía traducir en pormenores. Viajar por España era verla al microscopio, en sus postas, en sus campos, en la variedad de su gama social y geográfica. Si esos ilustres viajeros hubieran emprendido sus viajes en el día de hoy, probablemente obtendríamos unos relatos menos coloreados. La velocidad, por un lado, y la altura por otro, reducen los países a una topografía general, en la que apenas se advierten los bultos y las sombras de las cordilleras, el trazado uniforme y monótono de los cultivos, la mancha de los páramos. Los caminos son una simple caligrafía en las montañas y, en el llano, una línea recta e interminable. De ese modo, para los que viajan hoy, sobre todo cuando lo hacen en avión, un país se reduce a unas pocas de sus escalas, a lo sumo dos o tres, que no sirven para diferenciarlo de los demás. En los relatos de los viajeros del siglo XIX cada parada era un universo. Se sentía palpar y hablar a las gentes, se obtenía el sabor de cada recodo por el argot diferenciado y brusco de los arrieros y de los campesinos. Cada río zumbaba en el desmonte con su propio rumor, y el pan era distinto en cada anocheada. Cuando el observador así conducido en zarandeo por los vados y los baches de la tierra concluía su viaje, se había convertido en presa de la telaraña sutil y compleja que es un país. Hoy el viajero esquiva a esa telaraña.

Los campos de aviación son aproximadamente iguales en todos lados. Lo que contienen los recintos de esas estaciones aéreas responde a unos módulos simplificadores. La elocuencia de todas las cosas que hay allí es elemental y generalizadora. Uno podría dar una docena de vueltas al mundo, de un aeródromo a otro, sin que note que se ha movido de lugar. En todos los campos de aviación hay el mismo sistema de altavoces, por los que se comunican en los mismos idiomas la misma gama de instrucciones. Hasta la voz de las locutoras parece ser idéntica, de un lugar a otro. Los niquelos y los plásticos de las dependencias son exactamente iguales en Honolulu que en Roma, en Nueva York que en Teherán. El whisky es idéntico en todos lados. Los comentarios que sobre el país podían hacer los viajeros del siglo XIX sólo a base de sus percepciones gustativas, serían imposibles hoy. El vinillo de cada jornada era distinto y lo era la vianda, tratada de modo peculiar en cada cocina. Los emparedados perentorios de cada estación responden hoy a una fórmula indiscriminadora. Son los mismos en un lugar que en otro los individuos uniformados que nos atienden. Las azafatas poseen, por lo visto, el don de la ubicuidad. Podrían ser sólo una, multiplicada en los millares de aviones y de aeródromos de todo el planeta; una es su sonrisa, una sola la inflexión de su voz; su talle y su hechura las unifican a todas.

La fabulosa mudanza de la época con la instalación de sus plataformas de tráfico aéreo ha significado mucho para nosotros. Significa que en uno de esos recintos cobramos inmediatamente el orgullo de nuestra universalidad. Si permanecemos un rato sentados en la mesa de un bar, en Barajas o en el Prat, se nos ensancha el ánimo. Comprobamos con satisfacción que en el lapso de unos pocos años ya estamos de nuevo en la mitad del mundo. Por el recinto transitan, con prisas, viajeros cosmopolitas y empleados dinámicos que saben contestar en cualquier idioma y que ofrecen una sonrisa extraordinariamente eficaz. En aquel limbo ha desaparecido el ceño para insinuarnos el presentimiento de una mudanza íntima y sosegante. Superficies brillantes, pulcritud, celeridad, cortesía. De un golpe parece que hayamos borrado los baches y los abismos, enderezando los tortuosos puertos donde anida el águila y se asoma el oso y que con ello vengamos Altamira y sus consecuencias.

Se nos infla el pecho cada vez que, una tras otra, sentimos enumerar en variedad de idiomas los nombres de las capitales importantes. Oímos decir: "Roma, Milán, Viena..." o "París, Londres, Nueva York..." como un trágala a George Sand, sofocante para ella. Pues, ¿qué se habrá figurado?

Pero ya el aire de los aeropuertos tiene a veces la naturaleza irreal, un poco enigmática y flotante, que deben de tener las figuraciones ópticas en ciertas circunstancias del desierto. Con ocasión de la visita que hicimos no hace mucho a los entresijos de ese mundo limpio y aséptico, internacional y aireado que es un aeropuerto, tuvimos que pellizcarnos para comprobar que no habíamos huido involuntariamente de la realidad. Incrustado en el aluminio lineal y los plásticos impolutos, más allá de la inflexión de los altavoces cosmopolitas y entre las visceras de teletipos y cronómetros, pervive la condición de las casas de postas que sorprendían a los viajeros del siglo XIX. Entre la dinámica y el "confort" permanece intacta la voz rutinaria de los años preatómicos. Una basta realidad se apoltrona en las idealizaciones del espejismo flotante, más concreta que los muros de níquel.

Entre los bastidores de la modernidad una mujer sentada sobre unos fardos, toda ella vestida de negro, estaba cosiendo con enorme punzón unos sacos echados al suelo; lo hacía con esa resignada lentitud campesina que nos induce a pensar en la sequía y en las privaciones. A su lado, un chaval semidesnudo correteaba entre las valijas. Cruzamos a saltos entre ellas para llegar a la puerta del despacho de cierto jefe administrativo. La dependencia no había sido barrida aquella semana. En la pared, tras la mesa del funcionario, un cromó monumental con una imagen de cierto Patrón pueblerino contrastaba con el avión acústico que aún nos llegaba, débilmente, del altavoz del aeropuerto. Le preguntamos por el despacho que nos llevaba allí, mostrándole unos resguardos. Sin dejar de masticar un cigarro apagado y pestilente, ese jefe mascullo ciertos expresivos lamentos, tras los cuales se incorporó abulicemente. La búsqueda del paquete fue larga. Y allí, en la dependencia contigua, encaramándonos entre los fardos, pensamos que a pesar del aparato cosmopolita y de la epidérmica transformación de la superficie plastificada, la entraña del país seguía siendo la misma. Una España llena de polvo y de paquetes sofocaba nuestro respiro como en los días de George Sand.

las cuevas solapadas

Existen en las zonas industriales de nuestro país organismos que se han puesto al corriente de las normas y del estilo de los emporios más adelantados. A veces tenemos ocasión de acudir a reuniones y conferencias en las que se habla de los nuevos cánones económicos y de la productividad. Se verifica una real transformación de métodos, una puesta a punto de las mentalidades. Pero los sectores del país que evolucionan son precisamente aquellos que ya estaban maduros para esa modernización. En algunos casos la evolución ha consistido en pasar del européismo de anteguerra al americanismo reciente. Sustituyen métodos arcaicos, pero eficaces en su día, por la automatización y confunden el progreso con la simple aceleración de ciclos sociales o económicos. Ahora bien: esos intentos son absolutamente infructuosos si no se realiza simultáneamente la movilización de los estamentos históricamente petrificados.

Creemos que el mal no reside siquiera en el pueblo vivo, cuyas virtudes y defectos han sido expuestos y están en vigor en la literatura que sobre España se ha escrito de un siglo a esta parte; sino en las zonas de una vida pasablemente cómoda, resignada al concepto burocrático de "lo seguro", tan español, y reacias a cualquier transformación profunda.

Resulta indispensable ahondar en las razones psicológicas y morales que causan el inmovilismo mental de ciertos funcionarios públicos, su más que centenaria rutina. Se habla de polos de desarrollo y ciertamente se está en la embocadura de una colosal transformación técnica del país. Pero cuando de la planificación se pase a la realidad, no bastará con el diseño de unas estructuras, con la aplicación de unos aparatos electrónicos, con baremos económicos de indudable interés. En los rincones menos vistosos del más moderno de los edificios puede volver a funcionar la cueva de Altamira.